

SEGUNDA TOPICA

Como hemos visto, el punto de vista tópico adoptado por Freud implica una diferenciación del aparato psíquico en diversos sistemas que poseen propiedades particulares y que están ordenados de determinada manera. Esta perspectiva le permite a Freud hablar metafóricamente de tales sistemas como de lugares psíquicos a los que es dable, de un modo figurado, representar espacialmente. A este respecto, la comparación utilizada por Freud entre un aparato óptico y el aparato psíquico explicita de manera particular la noción de lugar psíquico. Si nos refiriésemos, por ejemplo, a un microscopio, los sistemas psíquicos corresponderían más bien a los puntos virtuales de este aparato situados entre dos lentes que a sus piezas materiales

Hemos visto cómo a partir de esta teoría Freud llegó a establecer una distinción fundamental entre los sistemas Ics, Pcs y Cs. A partir de 1923, Freud estableció, elaborando una concepción nueva de la personalidad, una segunda y mayor distinción entre tres instancias: El Ello, el Yo y el Súper Yo. Estos nuevos lugares psíquicos ya no corresponden en verdad a los primeros. En efecto, si la instancia del Ello posee la mayoría de los caracteres del sistema Ics., las otras instancias, vale decir, El Yo y el Súper Yo, también poseen un origen y una parte inconscientes. Esencialmente, la importancia de las defensas inconscientes en la constitución de las neurosis es lo que lleva a Freud a esta reelaboración teórica. Era ya difícil, en efecto, hacer corresponder íntegramente al Yo con el sistema Pcs- Cs, y lo reprimido con el Ics.

El esquema general de esta segunda tópica pone en escena tres instancias. El Ello es de algún modo el depósito de las pulsiones; el Yo representa los intereses de la persona íntegra y se encuentra, por tanto, fuertemente cargado de libido narcisista, mientras que el Súper Yo, cuya función es a la vez la de un juez y la de un censor, corresponde a la interiorización de las exigencias parentales y de los tabúes sociales. A este respecto, y antes de pasar a un análisis pormenorizado de las tres instancias, importa explicitar el papel desempeñado por las diversas identificaciones en la formación de la personalidad. Esta segunda tópica se comprende, en efecto, a partir de las nociones de identificación y de complejo de Edipo.

IDENTIFICACION Y COMPLEJO DE EDIPO

La identificación debe considerarse como un proceso mayor que permite verdaderamente la constitución de la personalidad humana. Es una operación que adquiere toda su importancia en el pensamiento freudiano a partir del creciente interés asignado al complejo de Edipo y de la elaboración de la segunda tópica, en la que las instancias que se especifican a partir del Ello son caracterizadas por las identificaciones de las que proceden. Ya en 1914, Freud pone en relación, en *Introducción al narcisismo*, la elección de objeto narcisista que corresponde a una elección de objeto siguiendo el ejemplo de la propia persona, por una parte, y por la otra la identificación

según la cual determinada instancia del sujeto sigue el modelo de sus objetos anteriores, como por ejemplo los padres. Esto equivale a mencionar toda la importancia concedida por Freud al concepto de identificación en la formación de la personalidad. Es este un concepto que permite comprender la formación de las instancias de acuerdo con la segunda tópica. Por la misma época Freud describe los vínculos del complejo de Edipo con la constitución del Sujeto en términos de identificación: hay identificaciones que reemplazan a las cargas libidinales dirigidas hacia los padres. Freud retoma esta descripción en sus *Nuevas lecciones de psicoanálisis*: "Tampoco a mí me satisfacen por completo estas observaciones sobre la identificación, pero me daré por contento si me conceden que la instauración del Súper Yo puede ser descripta como un caso plenamente logrado de identificación con la instancia parental. El hecho decisivo para esta concepción es el de que la nueva creación de una instancia superior en el Yo se halla íntimamente ligada a los destinos del complejo de Edipo, de manera que el Súper Yo se nos muestra como el heredero de esta vinculación afectiva, tan importante para la infancia. Comprendemos que, al cesar el complejo de Edipo, el niño tuvo que renunciar a las intensas cargas de objeto que había concentrado en sus padres, y, como compensación de esa pérdida de objeto, las identificaciones con los padres —identificaciones existentes probablemente desde mucho antes en su yo— quedan muy intensificadas". Es importante subrayar a este propósito el verdadero trastrueque que existe entre las identificaciones, el complejo de Edipo y las instancias. En efecto, como lo destaca Freud en sus mencionadas *Lecciones*, la identificación ha desempeñado un papel primordial en el complejo de Edipo en el comienzo de la formación de este. El niño, por ejemplo, ha dado muestras de un vivo interés por su padre: ha hecho de él su ideal. Esta actitud se concilia muy bien con el complejo de Edipo, al que concurre a elaborar. Paralelamente a la identificación con su padre, o poco después, el niño ha dirigido sus deseos libidinales hacia su madre. Ambos tipos de apego, uno por su padre —con quien se identifica— y el otro por su madre —concebida como un objeto sexual—, coexisten en él sin incomodarse. Pero como su vida psíquica tiende a unificarse, esas tendencias terminan por aproximarse: de su encuentro nace el complejo de Edipo. Este complejo corresponde, pues, al hecho de que el niño, viéndose impedido por su padre de llegar a su propia madre, desvía su identificación con el padre en un sentido hostil; tanto, que termina por significar el deseo de reemplazar al padre hasta junto a la madre.

Queda ahora por preguntarnos qué nos enseñan estos procesos en la formación de las instancias.

EL SUPER YO

Freud descubre, a partir del análisis que efectúa de casos patológicos tales como la aflicción prolongada y la melancolía, que "una parte del Yo se sitúa enfrente de la otra y la valora críticamente, como si la tomara por objeto". Supone entonces que la instancia crítica, que en el caso del melancólico se halla disociada del Yo, "puede demostrar igualmente en otras circunstancias su independencia". Sus posteriores observaciones confirmarán esta hipótesis. En 1923, en su ensayo "*El Yo y el Ello*" Freud especifica esta instancia, a la que hasta entonces había descripto paralelamente a la noción de "ideal del Yo" "conciencia moral" y de censura: la califica de "Super Yo" (*über-Ich*).

En sus *Nuevas lecciones de psicoanálisis* resume su descubrimiento en estos términos: "...pero es más prudente dejar independiente esta instancia y suponer que la conciencia moral es una de sus funciones, y otra la auto-observación, indispensable como premisa de la actividad juzgadora de la conciencia moral. Y como el reconocimiento de una existencia independiente exige para lo que así existe un nombre propio, daremos en adelante a esta instancia, entrañada en El Yo, el nombre de Super Yo". Lo que diferencia la visión freudiana acerca de esta instancia de la concepción clásica de la conciencia moral es que aquella la considera enraizada en el inconsciente y que por lo tanto puede operar como censor de manera inconsciente. Además, considerada en su más amplio sentido, como en el ensayo *"El Yo y el Ello"*, esta instancia corresponde a la vez a las funciones de prohibición y a las de Idealización (ideal del Yo). Freud reconoce que la represión es la obra de esta particular instancia, que restringe y prohíbe. Por lo demás, "la represión es obra del Súper Yo, el cual la lleva a cabo por sí mismo o por medio del Yo. obediente a sus mandatos", y sin que el individuo tenga conciencia de ello, ya que, como precisa Freud, "determinadas partes del Súper Yo y el Yo mismo permanecen inconscientes", de lo cual se desprende el interés de la segunda tópica. Freud explica por qué la formación del Súper Yo corresponde a una situación secundaria. En efecto, el individuo no está dotado de una conciencia interior innata, y el niño debe ser considerado como amoral, pues en él ninguna inhibición viene a contrariar su tendencia al placer. El primer obstáculo a la satisfacción de esta es la autoridad de los padres. En un segundo período, después de la interiorización de este obstáculo exterior, pasa el Súper Yo a desempeñar el papel de la instancia parental. "El Súper Yo —precisa Freud—, que de este modo se arroga el poder, la función y hasta los métodos de la instancia parental, no es tan solo el sucesor legal, sino también el heredero legítimo de ella". Tal cual lo habíamos precedentemente entrevisto, el fundamento de un proceso como ese es una identificación: el niño asimila su yo a un yo extraño. Inicialmente se trata de una identificación con los padres; sin embargo, en el curso de su desarrollo el Súper Yo también se apropia de la influencia de otras personas. Se tratará, por ejemplo, de educadores, de preceptores y de toda persona que pueda servir de modelo ideal. "Normalmente, el Súper Yo se aleja cada vez más de los primitivos individuos parentales, haciéndose, por decirlo así, más impersonal", escribe Freud.

Y en el momento en que el complejo de Edipo deja su lugar al Super Yo, el niño considera a sus padres como personajes extraordinarios, aun cuando como consecuencia de ello el Súper Yo permanecerá fundamentalmente determinado por las primerísimas imagos parentales. Lo que preside la elaboración del Súper Yo es, así, la renuncia a los deseos edípicos, a la vez libidinales y hostiles. De modo, pues, que el Súper Yo no es simplemente una instancia compulsiva; también representa, para el Yo, un ideal. "Hemos de citar aun una importantísima función que adscribimos al superyó. Es también el sustrato del ideal del Yo, con el cual se compara el Yo, al cual aspira y cuya demanda de perfección siempre creciente se esfuerza en satisfacer. No cabe duda de que este ideal del Yo es el residuo de la antigua representación de los padres, la expresión de la admiración ante aquellas perfecciones que el niño le atribuía por entonces", afirma Freud, de manera que el Súper Yo aparece como una instancia rica en sutileza, pues no se contenta en sus relaciones con el Yo con dirigir consejos a este último: "Actúa así, sé de este modo", es decir, como el padre; tiene además una función correctiva y selectiva que le permite decir: "No actúes así, no actúes del todo como tu padre". Esta polaridad del ideal del Yo resulta del hecho de que el niño ha efectuado inmensos esfuerzos para reprimir su Edipo y del hecho, también, de que de esta represión ha surgido su yo ideal. Freud demuestra por lo demás que los padres, para educar a sus hijos, se conforman con conminaciones de su propio Súper Yo: "A imagen del Súper Yo de ellos" se forma el Súper Yo del niño, un Súper Yo que se llena, pues, del mismo contenido que el de sus padres, "pasando a ser el sustrato de la tradición de todas las valoraciones permanentes que por tal camino se han transmitido a través de las generaciones" Esta función del Súper Yo es lo que le permite a Freud responder "a aquellos que, sintiéndose heridos en su conciencia moral", le objetaban "la existencia de algo más elevado en el hombre". "Ciertamente —dice—, y este elevado ser es el Ideal del Yo o superyó". "No es difícil mostrar que el ideal del Yo satisface todas aquellas exigencias que se plantean en la parte más elevada del hombre. Contiene, en calidad de sustitución de la aspiración hacia el padre, el nódulo del que han partido todas las religiones. La convicción de la comparación del Yo con su ideal da origen a la religiosa humildad de los creyentes". Pese a todo, el Yo no se deja captar fácilmente en todas sus dimensiones. Freud muestra, por ejemplo, que existen sensaciones inconscientes que pueden intentar manifestarse sin que el Yo perciba la compulsión que sufre y por este camino debe Freud especificar otra instancia de la personalidad: el Ello.

EL ELLO

Después de haber analizado la relación que existe entre la percepción externa, la percepción interna y el sistema superficial "percepción-conciencia", Freud intenta dar una forma más precisa a su representación del Yo. Según él, este se forma a partir del sistema P (percepción), que es de algún modo su núcleo, y comprende en primer lugar el pre-consciente, que descansa en las huellas mnémicas. Sin embargo, Freud destaca que el Yo también es inconsciente. Precisamente el hecho de que el Yo se comporte a menudo de manera pasiva lleva a Freud a retomar una noción introducida por G. Groddeck, la del "ello", según la cual vendríamos a estar "vividos por fuerzas desconocidas, por fuerzas que escapan a nuestro gobierno" ⁴. Y Freud señala: "...no vacilamos en asignar a la opinión de Groddeck un lugar en los dominios de la ciencia. Por mi parte, propongo tenerla en cuenta, dando el nombre de yo al ente que emana del sistema P y que es primero pre-consciente, y el de ello, según lo hace Groddeck, a lo psíquico restante —inconsciente—, en lo que El Yo se continúa". De manera que para Freud El Ello es, sin ninguna duda, la instancia más oscura e impenetrable de la personalidad. Por eso resulta frecuentemente más cómodo describirla por contraste con el Yo. Freud se vale a este respecto de las comparaciones por imágenes: "...como un caos o como una caldera plena de hirvientes estímulos". Lo reprimido corresponde, por tanto, al ello, pero no constituye más que una parte de él. El Ello se llena de energía a partir de las pulsiones, pero no tiene en sí organización ninguna, ningún principio voluntario; simplemente apunta a satisfacer las pulsiones, de acuerdo con el principio del placer. Todos los procesos que se llevan a cabo en él son ilógicos y no

obedecen al principio de contradicción. En efecto, las más contradictorias emociones se encuentran en él entremezcladas, sin negarse entre sí "No hay en el Ello —escribe Freud— nada equivalente a la negación, y comprobamos también con gran sorpresa la excepción de aquel principio filosófico según el cual el espacio y el tiempo son formas necesarias de nuestros actos anímicos. Nada hay en el Ello que corresponda a la representación del tiempo; no hay reconocimiento de un decurso temporal, y —hecho harto singular, que espera ser acogido en el pensamiento filosófico— ni modificación del proceso anímico por el decurso del tiempo". Los deseos y las impresiones ocultos en el Ello como consecuencia de la represión son de alguna manera inmutables e intemporales; únicamente el análisis terapéutico, al hacerlos llegar a la conciencia, puede lograr que el individuo los perciba en el pasado. Freud insiste de modo muy especial en "la inmutabilidad de lo reprimido en el curso del tiempo". Además. El Ello es evidentemente extraño a todo juicio de valor; es absolutamente amoral y no hace, luego, distinción alguna entre el bien y el mal. El Ello está íntegramente sometido al principio del placer. Su energía pulsional difiere de la de las demás instancias por el hecho de ser "más fácilmente móvil y capaz de descargar", de lo cual se deducen "aquellos desplazamientos y aquellas condensaciones que son características del Ello y que tan absolutamente prescinden de la calidad de aquello a lo que afectan y a lo que en el Yo llamaríamos una representación" " Es importante, pues, destacar que Freud atribuye al ello una gran parte de las propiedades, que en su primera tópica había atribuido al sistema lcs. No obstante, antes de seguir precisando las relaciones que mantienen entre si las dos tópicas, es conveniente ante todo definir la instancia del Yo, así como las vinculaciones que unen a las tres instancias en el seno de la segunda tópica.

EL YO

Según Freud, al observar las relaciones del Yo con el sistema P (percepción), esto es, la parte superficial del aparato psíquico, es dable deslindar las propiedades esenciales de esta instancia. El sistema P se halla, en efecto, orientado hacia el exterior y permite la transmisión de toda impresión recibida. Freud reconoce que el Yo superficial emana del sistema P como de un nódulo. Así, "El Yo es aquella parte del Ello que fue modificada por la proximidad y la influencia del mundo exterior y dispuesta para recibir los estímulos y servir de protección contra ellos, siendo así comparable a la capa cortical de la que se rodea un nódulo de sustancia viva". El Yo tiene por función, consiguientemente, representarle al ello el mundo exterior, Observa este mundo y deposita su imagen entre sus recuerdos de percepción. Y Freud escribe que "la percepción es para el Yo lo que para El Ello es el pulsión" Tanto es así, que el Yo puede utilizar los recuerdos que ha sacado de la experiencia y de ese modo reemplazar el principio del placer, al que gobierna, por el principio de realidad. Y Freud asevera que, "valiéndonos del léxico corriente, podemos decir que el Yo representa en la vida anímica la razón y la reflexión, mientras que El Ello representa las pasiones indómitas" ¹. Por lo demás, del modo de funcionamiento propio de esta instancia parece derivar la noción de tiempo. Efectivamente, El Yo se caracteriza por el hecho de resumir y sintetizar el conjunto de sus contenidos. Su maduración se apoya en una percepción del pulsión, pero solo se consume con el dominio de este. Ahora bien, este dominio no se lleva a cabo sino mediante el abarcamiento del representante dla pulsiónen un mayor conjunto asociativo. A decir verdad, no obstante, El Yo ha tomado en préstamo todas sus energías del Ello, "y no dejamos de tener un atisbo de la grieta por la cual sustrae al ello nuevos montantes de energía. Tal camino es, por ejemplo, también la identificación con objetos conservados o abandonados". Quiere decir, pues, que se apropia de un alto número de residuos de cargas objetales, los cuales emanan directamente de las exigencias pulsionales dEl Ello. Esto es explicable si se considera que el Yo debe satisfacer, en la medida de lo posible, las intenciones del Ello mediante la elaboración de compromisos socorridos por circunstancias propicias. Freud utiliza a este respecto una metáfora

particularmente esclarecedora: "Podemos, pues, comparar el Yo, en su relación con el Ello, con el jinete que rige y refrena la fuerza de su cabalgadura, superior a la suya, con la diferencia de que el jinete lleva esto a cabo con sus propias energías, y el Yo lo hace con energías prestadas. Pero así como el jinete se ve obligado alguna vez a dejarse conducir a donde su cabalgadura quiera, así también el Yo se nos muestra en ocasiones forzado a transformar en acción la voluntad del Ello, como si fuera la suya propia".

Este análisis del Yo no puede dejar de convencernos respecto de las estrechas relaciones que mantienen entre sí las tres instancias de la personalidad psíquica, tales como las ha definido Freud. Lo que importa poner ahora en evidencia son, precisamente, esas relaciones.

INTERRELACIONES ENTRE LAS INSTANCIAS Y RELACIONES ENTRE LAS DOS TOPICAS

Según Freud, el Yo debe armonizar las exigencias siempre contradictorias de esos tres tiranos que son la realidad exterior, el Ello y el Súper Yo. Cuando no puede lograrlo, reacciona entonces mediante una masiva producción de angustia. El equilibrio del Yo es, en efecto, precario, amenazado como se halla por esos tres exigentes amos. Al desarrollarse a partir de la personalidad, el Yo debe satisfacer a la realidad exterior y a la vez debe, no obstante, responder a las exigencias del Ello. Estableciendo el nexo entre el mundo real y el Ello, frecuentemente se ve obligado a disfrazar los imperativos inconscientes surgidos del Ello en racionalizaciones preconscientes. Por otra parte el Súper Yo lo restringe severamente, sin preocuparse por los conflictos —de los que ya está al tanto— nacidos de la oposición entre el Ello y el mundo exterior, entre el principio del placer y el principio de realidad. El Súper Yo le asigna, en efecto, los rígidos principios de su comportamiento. Si el Yo desobedece al superyó, entonces se halla abrumado por un opresor sentimiento de culpabilidad. De modo, pues, que el Yo, impulsado por el Ello, vejado por el Súper Yo y repelido por la dura realidad, debe luchar constantemente a fin de lograr la realización de un equilibrio entre esas diversas compulsiones.

La segunda compulsión que hemos enunciado, es decir, la del Súper Yo, se explica con facilidad si se piensa que "El Súper Yo se sumerge en el Ello; como heredero del complejo de Edipo, mantiene íntimas relaciones con él, y está más alejado que el Yo del sistema de las percepciones". De modo, pues, que los conflictos desarrollados entre el Yo y las antiguas cargas libidinales del Ello se perpetúan al oponer al Yo el heredero del Ello, esto es, el Súper Yo. Efectivamente, escribe Freud, "cuando el Yo no ha conseguido por completo el sojuzgamiento del complejo de Edipo, entra de nuevo en actividad su energía de carga, procedente del Ello, actividad que se manifestará en la formación reactiva del Ideal del Yo". De modo que el conflicto que se había desarrollado antes en las capas más profundas de la personalidad y que no pudo resolverse mediante una sublimación o una identificación satisfactoria se halla desplazado a una región superior.

Además de que El Súper Yo hunde sus raíces en el Ello, se comprueba que el Súper Yo se halla más alejado del sistema de percepción que el Yo. E igualmente se observa que el Ello está vinculado al mundo exterior no más que por intermedio del Yo.

Ahora, por lo que respecta a las relaciones entre las dos tópicas, nos parece que si esta segunda teoría hace del Yo una instancia es porque tiende a informar mejor acerca de las modalidades del conflicto psíquico. La primera tópica se limitaba, en efecto, a remitir a tipos diferentes de funcionamiento mental: los del proceso psíquico primero opuestos a los del proceso psíquico secundario. En cambio, en la segunda tópica son los elementos claves del conflicto —el Yo como polo defensivo, El Súper Yo como conjunto de prohibiciones, y el Ello como polo de las pulsiones— los que se erigen como instancias del aparato psíquico. El paso a esta segunda tópica no implica que las nuevas delimitaciones invaliden las que ya existían entre el Ics, el Pcs y el Cs. Pero en las instancias del Yo y el Súper Yo, por ejemplo, se encuentran reagrupados procesos y funciones que, según la primera tópica, se distribuían entre diferentes sistemas. Vale decir que El Ello abarca

los mismos contenidos que antes abarcaba el Ics., pero no cubre el conjunto de los procesos psíquicos inconscientes. A este respecto la gran innovación de la segunda tópica incumbe al hecho de que Freud define en ella la instancia contra la cual se efectúa la defensa como polo pulsional de la personalidad, y no ya sencillamente como polo inconsciente. La división entre las partes vulnerables del conflicto ya no es tan radical. Freud concibe en ella, por el contrario, el desarrollo de las instancias de una manera progresiva y recíproca.



Created with

 **nitro**^{PDF} professional

download the free trial online at nitropdf.com/professional